

Latrodectus mactans

Valeria Nevárez

El grito de mi papá retumbó por toda la casa, y a la vez se quitó la chamarra y la aventó al suelo. Mi madre y yo volteamos a verlo desconcertadas, esperando a que dijera algo. “¡Algo me picó!”, dijo mi padre mientras se examinaba el brazo. Una mancha roja grande se le empezó a formar en su antebrazo. Insegura de lo que buscaba, mi madre observaba el piso donde cayó la chamarra. Utilizando el dedo gordo de su pie, mi mamá estaba a punto de tocar algo que parecía una bola de hilo negro, cuando mi papá gritó: “¡NO!” Y así empezó la noche más larga de mi vida.

“¡Es una araña, es una araña!”, mi padre gritó. Los tres nos arrimamos para ver si en verdad era una araña y fue cuando vimos la mancha roja. ¡Era una viuda negra! “Estoy bien, no se preocupen”, mi padre nos dijo cuando vio nuestras caras de susto. Mi madre le insistía que tenían que ir al hospital, pero como siempre mi papá decía que no era necesario.

El dolor le empezó en el estomago y fue cuando decidió que sí tenía que ir al hospital. Parecía que cada semáforo nos tocaba en rojo, y mi papá se quejaba del dolor cada vez más. Mi padre estaba empapado de sudor y cuando estábamos a sólo unas cuadras del hospital, mi papá ya batallaba para darle vuelta al carro. Se doblaba del dolor y yo tenía mucho miedo; el hombre más fuerte que yo conocía estaba sufriendo tanto por la culpa de algo tan pequeño.

En el hospital lo atendieron rápidamente, pero no le dieron medicamento, sólo lo observaron para ver si el dolor se le espaciaba. Yo esperé a su lado acostada en la camilla también mientras que mi papá se retorcía del dolor. Cuando tenía el dolor desde los pies hasta el pecho, le dieron el antiveneno. Esperamos toda la noche y todo el día para poder irnos a casa y finalmente terminar esta larga noche que se había convertido en una batalla. Mi padre ya estaba bien; ya había ganado, en cambio la araña no terminó tan contenta.